

Ortmann, Dorothea, *Economía del Espíritu: Una Crítica a Max Weber*. Lima, Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2021, 204 pp. ISBN: 978-612-4102-52-3.

Dorothea Ortmann ha escrito una obra imprescindible para el debate clásico sobre las relaciones de causa y efecto entre cultura y economía, entre el mundo espiritual y el mundo material, entre las concepciones de los individuos y sus prácticas sociales. En *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* de Max Weber, el cambio en las prácticas económicas —como el ahorro, el trabajo incesante y la frugalidad— está determinado por las concepciones teológicas del protestantismo ascético; no por fuerzas materiales externas sino por su mundo espiritual interno. Desde esta perspectiva, la mente prepara el campo para la posterior germinación de los hechos reales. El individuo es artífice de su propio destino: no existen fuerzas objetivas que lo determinen o dominen; la felicidad es cuestión de mentalidad, depende del espíritu emprendedor.

La autora combate sin ambages dicho enfoque epistémico tributario del subjetivismo kantiano. El desarrollo de la burguesía no fue causado por la aplicación de una cierta racionalidad económica detonada por valores religiosos, sino por la división social del trabajo, el cambio en las relaciones sociales de producción y en las formas de producir. La teología reformada no causa el hecho histórico de la emergencia de la burguesía, sino que, por el contrario, es la consecuencia de la necesidad de elaborar una conciencia de clase —expresada en términos religiosos— que le sea conveniente a la nueva clase social.

Ortmann amplifica el panorama que nos presenta Weber en materia de teología y de historia del cristianismo, realizando una revisión exhaustiva del pensamiento de los reformadores y de otras fuentes que explican el cambio de valores con respecto a diferentes aspectos de la vida como el trabajo o las riquezas; de esta manera, nos ayuda a entender, desde la perspectiva del materialismo histórico, las profundas transformaciones sociales acaecidas en el tránsito de la sociedad tradicional a la moderna; del feudalismo al capitalismo; de una época en la cual nuestra pertenencia a un estrato social determinaba el trabajo que realizaríamos, a otra época en la cual es el individuo quien deberá determinar su sentido en la vida.

Los cambios históricos en el sistema económico abren el espacio para la discusión teológica en torno a temas como la pobreza y la usura durante la Reforma. A medida que el dinero va sustituyendo paulatinamente al trueque como medio de intercambio y se expande el mercado financiero, la teología calvinista otorga el sustento ideológico a las exigencias sociales de la época. No es la teología la que inculca un nuevo comportamiento, sino todo lo contrario. También se producen cambios en la valoración cultural de las actividades comerciales. Antes del siglo XIII, la lucha contra los infieles implicaba dejar de comerciar con ellos y los usureros no gozaban de buena reputación; sin embargo, la Iglesia cambia de posición con respecto a los comerciantes cuando se vuelven más numerosos y útiles, posibilitando el acceso a préstamos. Entonces, los mercaderes desarrollan su propia teología.

De igual manera, la centralidad del trabajo en la vida productiva de la naciente sociedad moderna fuerza los cambios en la valoración de la actividad laboral. En la Antigüedad, el ideal de los ciudadanos libres era el ocio; de este modo se diferenciaban de los esclavos. El cristianismo, sin embargo, rompe con esta concepción de la Antigüedad: en una época de pequeños productores, el ocio es el mayor de los pecados. Durante los siglos XVII y XVIII, el cambio cultural no sólo es teológico, sino también literario. Robinson Crusoe elogia el trabajo productivo y la fuerza creadora del ser humano como clave para la autorrealización y la felicidad, el ocio conduce al hastío; el trabajo se convierte en un fin en sí mismo.

Así también, la valoración de la riqueza cambia según la época histórica. En el medioevo, la condición de pobreza era una virtud: los bienes debían ser compartidos para salvar el alma. Calvino, sin embargo, será contrario a la división de los cristianos entre ricos y pobres; además, no es necesario renunciar a las riquezas, sólo conservar la moderación. Esta exigencia religiosa de una vida modesta coincide con las prohibiciones aristocráticas al respecto: salvo los comerciantes italianos, la burguesía emergente no podía lucir su riqueza o vestir ostentosamente, pues la nobleza insistía en sus privilegios como clase dominante.

Además, Ortmann cuestiona la rigurosidad metodológica en *La Ética Protestante*, especialmente su desprolijidad en el manejo directo de las fuentes. Weber habría seleccionado arbitrariamente los aspectos de la realidad que más convienen para la demostración de sus tesis; por ejemplo, factores como la Ilustración y la ciencia moderna son dejados de lado en su estudio. De igual modo, ciertas facetas de los personajes históricos son ignoradas porque no encajan con el tipo ideal que se desea presentar; por ejemplo, cuando niega el hedonismo en Benjamin Franklin, al subrayar su frase “time is money”; o cuando soslaya el talante medieval en las concepciones teológicas de Lutero.

La autora revela el sesgo ideológico y político en Weber, la instrumentalización del trabajo científico en función de sus aspiraciones políticas y su función como propagandista de la Alemania imperialista. En *La Situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del Este del Elba* —antecedente metodológico de *La Ética Protestante*—, Weber explica la influencia de la religión como fuente de control ideológico sobre los sujetos y sus decisiones laborales. Frente a la migración masiva de los peones alemanes a las ciudades, motivados por factores espirituales (aspiraciones, esperanzas), la política oficial se concentró en buscar argumentos psicológicos que lograran convencer a los peones mejor pagados para quedarse y evitar la penetración de mano de obra barata (peones polacos y rusos).

Según Ortmann, Weber es funcional a los intereses de los poderosos, en tanto se encuentra identificado, inicialmente, con el modelo paterno del éxito político; sin embargo, al momento de escribir *La Ética Protestante*, Weber se encuentra mucho más influenciado por el modelo materno, se ha convertido en un puritano riguroso y proyecta su propia vida ascética en los personajes históricos que analiza. Además, *La Ética Protestante* tendría un valor terapéutico para su autor, pues una crisis nerviosa lo tenía alejado de la actividad académica. Durante su período de convalecencia, Weber se pregunta sobre la fuerza de la mente como fuente de motivación y, frente a la profunda incertidumbre que traían consigo los cambios vertiginosos en el mundo, apuesta por explorar sustentos psicológicos y factores de cohesión social que no se logran por medios seculares.

Gregory Pek BARDALES PEREYRA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad Científica del Sur